

antigua hubiera podido llevar consigo; en fin, en las circunstancias en que no podía ir á pié, hacia mis transportes con un cochero del país que poseía un mulo y una calesa.

El Desconocido hablaba todavía cuando el Sol, á medio descender bajo el horizonte, iluminaba la naturaleza con sus últimos rayos escarlatas. El templo de Neptuno resplandecía por última vez con el reflejo del astro del día. Vinieron á decirnos que nuestros caballos nos esperaban y que era el momento de partir para nuestra morada de Eboli. Supliqué al Desconocido que nos acompañara y que nos hiciera el obsequio de aceptar un asiento en nuestro carruaje. Rehusó objetando que le habian preparado un lecho en las cercanías para pasar la noche y que al otro día partía para un viaje científico á la Calabria con la idea de visitar el teatro del terrible terremoto de 1783. Le presenté mi mano, la estrechó con efusion, deseándome buena salud y diciéndome: hasta mas ver.

CUARTO DIALOGO.

LA INMORTALIDAD.

CUARTO DIALOGO.

LA INMORTALIDAD.

Los climas y el carácter de las naciones.—La naturaleza.—Viaje á los Alpes de la Iliria.—El lago de Traun.—La pesca del salmon.—Catástrofe.—La barca del autor arrastrada hácia la catarata.—Socorro del *Desconocido*.—Visita á las grutas y á los lagos subterráneos de la Carniola.—Los peces de las cavernas.—El *Proteo*.—Las metamorfosis.—El organismo.—El principio vital.—El *alma*.

El conocimiento que habia hecho en Pæstum con el *Desconocido*, habia dejado en mi alma una poderosa y extraordinaria impresion. Su persona, su apostura, sus maneras, el timbre de su voz y sus ideas filosóficas, estaban siempre en mi imaginacion, y no me abandonaban ni durante el sueño. Me ocurrió pensar que no era esta la primera vez que le habia visto, y procuraba, aunque inútilmente, encontrarle algun parecido, con

los que habia conocido antiguamente en este país. Procuré informarme de él, entre mis amigos, pero nadie pudo darme razon alguna. Habia en él algo tan notable, que si hubiera hecho la mas mínima aparicion en la sociedad, habria llegado á ser cierta y rápidamente célebre.—En fin, era tal la asiduidad que empleaba en mis investigaciones, que llegué á ponerme en ridículo y á que me preguntaran á cada instante si al fin habia recibido noticias de mi amigo el Espíritu.

A mi vuelta de Nápoles á Roma, fui llamado á Inglaterra por una triste circunstancia, y dejé á mis dos amigos Ambrosio y Onofre continuar sus viajes que debian ser de alguna duracion.

Volví á entrar en Lóndres, con el alma entristecida y melancólica, no solo á causa de los penosos y dolorosos acontecimientos que me llamaban á aquella capital, sino tambien á causa del cambio que se habia verificado en todo mi ser moral y fisico. Habiendo perdido la salud, ni tenia ya ambicion, ni me hallaba animado por el deseo de la gloria. La mujer á quien amaba en este mundo habia descendido á la tumba, y diré sirviéndome de una metáfora, que la copa de mi vida, no era ya dulce y embriagadora; todo lo que contenia de bueno se habia derramado, y no quedaba mas que heces y amargura.

Aun no habia pasado sino algunos meses en Ingla-

terra, en medio de una agradable sociedad de los amigos que me quedaban (si habia algo aun capaz de agradarme), cuando de nuevo me acometió el deseo de viajar. En el naufragio de todos mis deseos, tan solo uno quedaba en mi alma con mas entusiasmo y poder que nunca: el amor á la naturaleza. Esta poderosa inclinacion habia llegado á ser el regulador de mis proyectos para el último período de mi vida terrestre.

De todos los climas de Europa, el de Inglaterra me parece el mas apto para la actividad del espíritu, y el menos conveniente al reposo. Sus variaciones de temperatura tan numerosas y rápidas, despiertan constantemente nuevas sensaciones y el cielo siempre cambiando de la sequedad á la humedad, y del azul etéreo á las nubes y nieblas, parece tener el sistema nervioso constantemente agitado. Bajo el hermoso cielo de Niza, Nápoles ó Sicilia, donde hasta durante el invierno, puede reposarse al aire libre en la ardiente radiacion solar, bajo alguna bella tienda de oloroso follaje, bajo las palmeras ó los naranjos cargados de embalsamados frutos, la existencia es un placer. Allí es donde el hombre olvida los padecimientos de la enfermedad bajo la influencia bienhechora de la naturaleza, mecido por dulces y armoniosas sensaciones en el seno de una deliciosa tranquilidad. Pero en la variable y borrascosa atmósfera de Albion, la tranquilidad es insoportable; se siente la ne-

cesidad de defenderse del tedio por una ocupacion constante.

Como nacion, los ingleses son extremadamente activos, y ningun otro país desplega tanta energía, firmeza y perseverancia en la prosecucion de una idea cualquiera; asi como las fuerzas humanas son limitadas, hay pocos ejemplos de hombres notables que vivan en este país hasta la vejez. De ordinario, los grandes hombres de Inglaterra se debilitan, se abaten y mueren antes de la edad generalmente considerada como término medio de la vida; la existencia de los diversos hombres de Estado, generales, literatos, sabios y filósofos, ofrece el testimonio de esta verdad. Todo lo que arde se consume: solo quedan las cenizas.

Al trazar mi itinerario para el viaje que proyectaba, lo hacia guiado por la experiencia que ya tenia. No conozco nada tan bello como lo que se puede designar bajo el nombre de Austria Alpestre, es decir, los Alpes del Tirol meridional y los de la Iliria, los Alpes Nóricos, Julianos y Stirios, con los Alpes de Salzburgo. La variedad de paisajes, el verdor de las praderas y de los árboles, la altura de las montañas, la magnitud y limpidez de los rios y lagos dan á este país, á mi parecer, una gran superioridad sobre la Suiza. La vida es allí mucho mas agradable, y los hombres, sean Ilirios, Italianos ó Alemanes, bajo sus diversos trages, y á pesar

de sus diferentes costumbres, tienen todos la misma sencillez de carácter; están animados de un vivo amor á la patria, un gran fervor y una profunda pureza de fé; una honradez ejemplar, y puedo decir, salvo algunas excepciones, un agradable trato con los extranjeros.

En el estío de mi vida, habia ya visitado este hermoso panorama, en compañía de una persona que me habia hecho experimentar, al mismo tiempo que el placer de una amistad intelectual, la inefable dicha de un afecto puro. Posteriormente encontré allí la frescura, el reposo y la tranquilidad, despues de la violencia de una funesta pasion, saliendo de la ardiente atmósfera de un estío italiano. En una época mas avanzada aún, busqué y encontré en el mismo lugar el consuelo y la convalecencia, despues de una peligrosa enfermedad que debia su origen á un largo trabajo y una sobreexcitacion mental. Allí por último encontré la encarnacion del ángel de mi vision juvenil.

Quise entonces volver á ver estas escenas con la esperanza de restablecer en ellas una organizacion cansada; y aunque esta esperanza fue bien débil, creia sin embargo posible al menos pasar los últimos dias de mi vida mas dulce y agradablemente que en la ruidosa capital de la Gran-Bretaña. Nunca la naturaleza nos engaña, nunca nos deja la amargura en el corazón. Las rocas, las montañas y los rios, hablan siempre el mismo

lenguaje: en la primavera, los bosques pueden ocultar su fresca y verde belleza bajo un manto de nieve, la tempestad puede transformar las aguas azules y límpidas en cenagosas y turbulentas; pero estas infidelidades son raras y pasajeras. Al cabo de algunas horas, y cuando mas de algunos dias todos los rasgos encantadores de la naturaleza reaparecen en su sonrisa. Jamás nos causa la naturaleza las miserias y tristes cuidados que agobian á la humanidad. En esta tierra amiga no hay esperanzas marchitas: no nos dá séres queridos radiantes de juventud y belleza para arrebatarlos en el momento de nuestra dicha. No: sus frutos son siempre hermosos, suaves y dulces, y nunca amargos como los de la vida humana, semejante á las manzanas del Mar-Muerto, que aunque son maravillosas para la vista, solo dejan al gustarlas, amargor y cenizas.

Ya he hablado de la extraña influencia que ejerció sobre mi imaginacion el Desconocido que habia encontrado por «casualidad» en mi visita al templo de Pœstum; la esperanza de volverlo á ver era otra razon que me movia á dejar la Inglaterra, pues tenia el presentimiento (¿por qué? lo ignoro) de que lo encontraría mas bien en los Estados austriacos que en Inglaterra, su patria.

Para este viaje tenia un compañero que era á la vez mi médico y amigo de la infancia. Era hombre de espe-

riencia y habia reunido un caudal considerable. Retirado despues de muchos años, buscaba como yo en este viaje el reposo del alma, las dulces sensaciones que producen los hermosos espectáculos de la naturaleza. Era hombre de extraordinaria fuerza de entendimiento; pero habia en él menos temperamento poético del que he observado siempre en toda persona dotada de la misma viveza de ingenio. Pensador severo y de un gran alcance en diversos conocimientos, era tambien buen fisiólogo y consumado naturalista. En sus razonamientos usaba siempre una precision geométrica y se ponía en guardia contra toda influencia de la imaginacion. El meridiano de la vida ya habia pasado en él como en mí; su salud era débil como la mia. Compañeros de viaje bien adaptados el uno para el otro, resolvimos viajar con lentitud pasando insensiblemente de un lugar á otro sin fatigarnos. Designaré á este amigo bajo el nombre de Eubathès.

No diré nada de nuestro viaje á Francia y á Alemania y solo me detendré en lo que mas me interesa y lo que mas fuertemente ha quedado grabado en mi memoria.

Entramos en el país alpestre de Austria por Lintz, á orillas del Danubio, siguiendo el curso del Traun hasta Gmünden sobre el Traun-See, ó lago de Traun, en donde descansamos unos dias. Si fuera este el lugar

de entrar en detalladas descripciones, podría ocupar mucho tiempo en presentar en estas páginas las perspectivas pintorescas y tan variadas de aquel país encantador. Los valles ofrecen esa belleza pastoril y ese risueño verdor que tantos atractivos tienen para la vista, con lindos cercados rodeados de setos, adornados de árboles frutales y de espesa sombra. Las bellas colinas cubiertas de bosques en los que dominan la encina, y el haya, se elevan en graciosas ondulaciones y el paisaje no está limitado sino por altas montañas, coronadas acá de pinos y alerces, y perdiendo hacia allá, entre un velo de nubes, sus cimas de alabastro argentadas de nieves eternas. La parte inferior del lago de Traun, está siempre trasparente, hasta en la estación de las lluvias. Del azulado lago desciende el río, precipitándose sobre masas de rocas en una imponente extensión, permaneciendo límpido, como la esmeralda y del mismo tinte verdoso. La caída del Traun, á tres leguas próximamente de Gmünden era uno de nuestros lugares predilectos. Esta es una catarata que, en la época en que el río está lleno, puede compararse con la de Schaffhouse (1); ofrece el mismo carácter grandioso

(1) Preferimos personalmente mas bien la caída del Rhin cerca de Schaffouse que la de Traun, cercana á Gmünden. Se sabe que esta magnífica catarata, á algunas horas de Basilea, cae de una altura de cerca de 100 piés, sobre una latitud de 300 que ofrece el Rhin en

en la caída violenta é imponente de sus olas, así en las tintas de sus aguas, como en las formas de las rocas sobre que pasa, y en los precipicios y bosques que la dominan.

El modesto entretenimiento de la pesca con caña, era en aquella época (como hoy todavía) un placer favorito para mí. El me ha proporcionado hacer pacientes observaciones sobre las variaciones de las aguas, segun las de la atmósfera, sobre los hábitos é instintos tan curiosos de los pequeños seres que habitan en el seno del líquido elemento, Pasaba largas horas pescando el salmón y la trucha (que desovan al principio de invierno) la carpa, el sollo y la tenca, (que desovan en la primavera y á principios de estio) cogiéndolos en compañía de pequeños peces, bien con redes ó con caña. Los arroyuelos que desaguan en el Traun, el canal que viene á parar á él, han sido el teatro principal de mis pescas hechas de ordinario, con el doctor de que he hablado mas arriba, y con algunos pocos aficionados (1).

esta region (en Lauffen). Este es uno de los bellos espectáculos de la Suiza oriental.—El Traun, es un río de los Estados austríacos, que nace en el N. O. de Stirga, forma el lago que lleva su nombre y desemboca por Gmünden, en el Danubio, no lejos de Lintz. Esta catarata, ó mas bien cascada, es menos grandiosa que la primera, pero rodeada de paisajes visibles, silenciosos y solitarios. C. F.

(1) No podemos menos de señalar aquí, con este motivo, el traba-

Habian pasado apenas algunas semanas en esta ocupacion cuando me sucedió un acontecimiento, precisamente sobre esta catarata del Traun, á la que habia de-

jo que nuestro sabio autor ha escrito sobre la pesca, los peces y las aguas. Nos complacemos en hacer aquí un resumen sucinto, que mostrará á nuestros lectores, el filósofo-químico, bajo un aspecto seguramente inesperado.

La pesca con caña, que ha sido el motivo de tantas caricaturas, y hasta de muchas sátiras bastante oportunas, ha proporcionado á Sir Humphry Davy el asunto para un libro muy interesante del mismo volumen que éste titulado *Salmonia, or the days of fly-fishing with some account of the habits of Fishes*. Se ha calificado con justo título esta obra de: «obra maestra, grave y amena á la vez, escrita por uno de los mas ilustres sabios de nuestro siglo.» (*) El genio no toca á ningún asunto en que no deje su sello. Davy, una de las glorias de la química, para descansar de sus laboriosos descubrimientos, se complacía en pescar con caña; y en 1828, en una época en que salía de una larga y dolorosa enfermedad, en la cual las tareas del laboratorio le estaban todavía prohibidas, queriendo dar á su activo espíritu un alimento, compuso en Laybach, Iliria, precisamente aquí en donde pasa la escena de este cuarto diálogo, este pequeño libro de *Salmonia*, que trata de diversos asuntos, y quizá justamente considerado en su conjunto, como la apologia del pescador de caña y de los peces.

Esta obra es un pequeño drama que dura nueve dias. Los principales personajes (después de los peces, se entiende) son: Halieus, hábil pescador, que en la intencion del autor, es el retrato del célebre doctor William Babington;—Poiètes, hombre de imaginacion,

(*) Magasin pittoresque, juin 1853.

dicado toda mi admiracion, un accidente bastante grave, como se va á ver;—y cuyo primer resultado debia ser, darme una nueva reencarnacion; pues no puedo todavía comprender como pude ser salvado.

admirador entusiasta de la naturaleza, preocupado contra el placer de la pesca;—Physicus, que no comprendía nada de la pesca, pero que estaba ansioso por conocer todo lo que pudiera interesar á la ciencia;—Ornither, aficionado á los placeres del campo y todavía poco experimentado en el arte de pescar con caña.

El primer dia pasa en Lóndres; Halieus, Poiètes, Physicus y Ornither están comiendo.

PHYSICUS á HALIEUS.—Estoy seguro de que sabeis en dónde se ha cogido esta escelente trucha: no la he comido nunca mejor.

HALIEUS.—Debo saberlo, pues estaba una mañana en las aguas de Wandle, á menos de diez millas de aquí, y es á mí á quien debeis el verla sobre nuestra mesa.

PHYSICUS.—¿La habeis cogido vos mismo?

HALIEUS.—Sí, con la mosca artificial.

PHYSICUS.—Admito el pescado, pero no puedo hacer otro tanto con el arte que os ha servido para cogerlo, y me admiro que vos, hombre de un espíritu tan activo, de un carácter tan elevado, podais complaceros en un género de entretenimiento que me parece tan triste y (¿diré todo mi pensamiento?) tan ridiculo.

HALIEUS.—Podria admirarme á mi vez, que un hombre dotado como vos de una imaginacion tan rica y una curiosidad tan generosa, que un espíritu tan dispuesto á la contemplacion, no ame esta diversion, y se atreva, sin conocerla, á llamarla triste y ridicula.

PHYSICUS.—Lo dirá por mí al menos la autoridad de un gran moralista, el doctor Johnson.

Esta desgracia no quedó sin compensacion, pues por la mas extraordinaria coincidencia, se realizaron mis presentimientos y me puso entre las manos del Desconocido.

HALIEUS.—No concederé á ningun hombre, por gran filósofo ó moralista que sea, el derecho de denigrar una diversion, de la cual no ha hecho experiencia alguna. Además, si mal no recuerdo, el mismo ilustre personaje ha alabado mucho el libro y el carácter del gran patriarca de los pescadores de caña, Isaac Walton.

PHYSICUS.—Un célebre escritor, lord Byron, ha maltratado mucho á vuestro gran patriarca y en términos muy enérgicos. ¿No le llama, si la memoria no me es infiel, un «viejo tonto, afectado y cruel?...»

HALIEUS.—No pretendo exhumar ni agitar las cenizas de los muertos, ni vengar la memoria de Walton á espensa de Byron, que era tan ignorante en la pesca como Johnson; pero podría oponer á la autoridad de vuestro poeta, la del poeta-filósofo de los lagos de Coleridge, que alaba la pesca con mosca, y los pescadores; la de Gay, que ha cantado en su poema este placer que ha hecho sus delicias en Amesbury, durante los meses de verano; la del excelente y ardiente pescador John Tobin, autor del *Hombre en la Luna*.

PHYSICUS.—No paseis adelante; me contento con estas autoridades escogidas en el mundo político.

HALIEUS.—Encontraría otros, si preciso fuera, en todas las clases, hombres de Estado, héroes, filósofos. Puedo remontarme hasta Trajano, que tenia pasion por la pesca. Nelson era un hábil pescador de mosca, y la mejor prueba de su grande pasion á este placer, está en que continuó entregándose á él, cuando ya no podia servirse sino de su mano izquierda. El doctor Paley tenia tal aficion por esta diversion;

Un dia que Eubathes, que era muy aficionado á la pesca, se entretenia en pescar en el rio, por cima de la cascada, los peces conocidos con el nombre de sombras,

que un dia en que el cura de Durhan le preguntaba cuándo acabaria una de sus mas importantes obras, respondió con sencillez y alegría: «Monseñor, trabajaré en ella con actividad, cuando haya pasado la estacion de la pesca,» como si la pesca fuera para él una ocupacion formal, Pero no quiero citar sino con reserva á nuestros contemporáneos; si quisiera podría citaros una larga lista de los mas célebres nombres de Inglaterra, nombres ilustres en estos últimos tiempos en la ciencia, las letras, las artes ó la guerra, y que son los ornamentos de la confraternidad de los pescadores, para servirme de una expresion tomada de la frac-masonería de nuestros padres.

PHYSICUS.—Comprendo sin trabajo que los guerreros y hasta los hombres de Estado, esos pescadores de hombres que encuentran tanto placer (como lo he visto á menudo) en disparar tiros y en matar animales, pueden tambien armarse con el anzuelo; pero busco en vano lo que puede atraer este género de distraccion á filósofos y poetas.

Halieus demuestra sin trabajo que el placer de la pesca, como el de la caza se deriva de nuestros instintos. El hombre en el estado salvaje obligado por el hambre, hace la guerra á los animales en las llanuras, en los selvas y bajo las aguas; mata los peces como las fieras, y con maza, venablos y azagayas lucha con ellos cuerpo á cuerpo. Hay mucha distancia de aquella brutal persecucion á las modernas estratagemas, de aquellas armas toscas á los sedales y al mecanismo de ciertas cañas de que se sirve el pescador experimentado. La habilidad del verdadero pescador de caña consiste en la paciencia, la vigilancia, la calma, y tambien la sagacidad, el espíritu

yo habia ido á distraerme con mi fantasía. Tomé un barco de los que sirven para bajar por el canal abierto en la roca, á un lado de la cascada y por el cual se tras-

de observacion; el estudio de los diversos hábitos de una clase de animales destinados á ser su presa; el conocimiento de los signos y presagios que se sacan de la atmósfera, del color de las aguas ó de la configuracion de las riberas. Las curiosidades de la inteligencia encuentran así incesantemente nuevos elementos en este ejercicio tan fútil en apariencia, y el campo de la investigacion y de la experiencia, puede extenderse cada vez mas, segun el valer personal del pescador y su aptitud para sacar las relaciones entre los nuevos hechos que se revelan á cada instante. Añadid que muchos pescadores, aun sin saberlo son atraidos sobre todo por los hermosos espectáculos de la naturaleza, en medio de los que les conduce su inocente pasion.

«¡Qué placer, exclama Haliéus, cuando la primavera comienza á sacudir los tristes y sombríos dias del invierno, cuando el sol disipando las nieblas calienta la tierra y las aguas, vagar por la orilla de un claro arroyuelo, ver las hojas nacientes, entreabrir las purpurinas yemas, respirar los perfumes de la ribera, que aromatizada por las violetas y los suaves misterios de las primaveras y margaritas! ¡Cuán agradable es hollar el verde césped bajo la sombra de los árboles, cuyas hojas se agitan al zumbido de las abejas seguir con la vista las ligeras moscas que rozan la superficie del agua y brillan como vivientes pedrerías bajo los rayos del Sol, en tanto que la argentada trucha las espía desde su trasparente morada! ¡Cómo agrada oír el gorgo de las aves acuáticas, que inquietas con vuestra proximidad, se apresuran á buscar un refugio bajo las flores y bajo las hojas del lirio acuático! ¡Cuán encantado aún al observar cómo se

portan habitualmente del Austria superior al Danubio, sal y maderas; dos campesinos habian ayudado á mi criado á sujetar este barco á una estaca, por medio de

cambian todas estas escenas en otras mas brillantes y mas espléndidas á medida que la estacion avanza, hasta los bellos dias en que la golondrina viene á disputar á la trucha la chispeante mosca de mayo, hasta esas horas serenas y embalsamadas de la tarde, en que el ruiseñor que vela con amor sobre su nido, anima con sus cantos melodiosos sus vivas y ardientes cadencias, los bosquecillos de rosales y madreselvas!»

Así es como, dejándoles entrever sucesivamente los placeres de la pesca con los estudios de la ciencia y con la poesia de la naturaleza, el principal personaje de *Salmonia* llega á interesar y seducir á Poiétes, Physicus y Ornither. Les dá una cita.

La segunda jornada pasa en Denhan, á orillas del Colne, en una hermosa mañana del mes de mayo, cerca de una linda casa de campo, donde los cuatro amigos encuentran una amable hospitalidad, y todos los instrumentos necesarios para pescar la trucha. Poiétes está estasiado ante el verdor de los prados, el curso caprichoso del rio, la belleza de sus aguas, tan pronto rápidas y espumantes, tan pronto perezosas y lípidas, ante la elegancia y la gracia de los grupos de álamos y sauces que decoran una is'la vecina. Haliéus enseña á Physicus cómo se imita con plumas y seda la mosca de los abedules, que siendo en esta época mas numerosa es tambien la que mas incita la avidez del pez. El pescador no tiene en efecto nada mejor que hacer que conformarse con las lecciones de la naturaleza y ofrecer á los habitantes de las aguas lo que ella misma les dá segun las estaciones. Las moscas artificiales se arrojan á la superficie del agua, y las hermosas truchas que desde el último estío han vivido sin descon-

una cuerda de modo que pudiera descender hasta el nivel de la orilla inferior. Habia querido crearme una distraccion, por este medio rápido de locomocion sobre

fianza y sin peligro, no tardan en dejarse pescar. Cada éxito come cada revés es para Halieus una ocasion de enseñar á sus amigos alguna particularidad sobre las costumbres de los peces, su organizacion, ardi-des que hay que emplear segun su especie, su tamaño, su paso, y sobre los lugares en que mejor conviene colocarse; en una palabra, les dá á la vez una leccion de ciencia teórica y práctica, Por la tarde les dá otras lecciones sobre las diversas clases de moscas que ve nacer cada mes, y sobre las variedades de truchas que se encuentran en las diferentes corrientes de agua, pues sobre todo la pesca de la trucha es la preferida. Todas estas digresiones entremezcladas con incidentes naturales de la pesca y anécdotas divertidas, testimonio de un espíritu muy sabio, recuerdan ó revelan un gran número de nociones relativas á la atmósfera, á la utilidad de las lluvias, del viento, del movimiento de las aguas y de las plantas acuáticas. Las exclamaciones entusiastas del poeta están hábilmente entremezcladas en el diálogo, con el fin de apartar toda apariencia de avidez ó de pedanteria.

En la tercera jornada, Denham es todavía el lugar de la escena. Comienza por una divertida contrariedad de Poiètes, Ornithier y Physicus, que no pescan nada, en tanto que Halieus, en pocos instantes, en pié ante ellos y sucesivamente con sus propias cañas coge muchas truchas. Les muestra que se han colocado de modo que su sombra y la de su caña, proyectándose sobre el agua, espanta á los peces. Muchos recuerdan son este motivo la anécdota de la apuesta de Charles-James Fox con el príncipe de Gales. Halieus cuenta otra anécdota relativa á la fabricacion del carmin que no tuvo éxito, á lo que pa-

la esclusa descendente. Durante algunos minutos, el barco deslízose llevado con suavidad por la corriente y gozaba de la variada belleza de la escena, las miradas

rece sino bajo la influencia de un bello sol. Poiètes canta un himno en honor de la golondrina que roza el agua y caza las moscas de mayo.

En la cuarta jornada, los amigos llegan ante el Loch-Marée, al Oeste de Rosshire, en Escocia. Era á mediados de julio. El paisaje es severo; á un lado una alta montaña está coronada de bosques y de nieves; al otro se distinguen al través de la bruma algunas islas distantes. Los cuatro pescadores entran en una barca. A medida que avanzan, la escena se engrandece con las montañas; Halieus nota que el viento ha levantado la superficie del agua. Es una circunstancia poco favorable; lo mismo sucede cuando es la lluvia la que hincha el río, porque entonces los peces advertidos por su instinto están á la espera del alimento fresco que no dejan nunca de llevar las corrientes. Aquí el instinto es mas hábil que la razon; si los peces razonaran creerian bueno todo aumento considerable de agua, cualquiera que fuera la causa, el viento ó la lluvia. Aquel día el cielo está gris, y por consiguiente se hace un uso mayor de moscas artificiales mas brillantes; pero tienen poco éxito, todo el arte de Halieus se frustra. Pronto encuentran la explicacion de su mala ventura: se ha pescado mucho desde algunos dias en este lugar. Halieus no se desalienta; emplea moscas, que nadie ha pensado en dar por cebo á los peces, y que por consiguiente son nuevas para ellos y esta vez coge algunos salmones. Halieus á propósito de la dificultad de matar á los peces para sacarlos mas fácilmente fuera del agua, razona acerca del padecimiento que la muerte puede causar á los animales en la hipótesis de que son menos sensibles que nosotros puesto que están exentos de

fijas sobre el arco-iris brillante, que se reflejaba sobre la espuma de la cascada cuyos ligeros torbellinos se elevaban en columnas de humos por cima de mi cabe-

angustias morales. Con este motivo, cita algunos ejemplos de hombres que han muerto no solo sin dolor alguno, sino hasta *agradablemente*. Sir Charles Blayden, comiendo un día con sus amigos Berthollet y Gay-Lussac, murió saboreando una taza de café y sin derramar ni una sola gota de ella. El doctor Culen, en el momento de espirar, murmuró distintamente estas palabras: «Quisiera que me fuera posible escribir ó hablar á fin de explicar lo agradable que es morir.» La filosofía emprende otra vez el tema de la pesca.

En la quinta jornada, Halieus dá noticias curiosas de los rios de Europa; los conoce casi todos y habla de ellos tan pertinentemente como hablaría un cazador de los bosques que está acostumbrado á recorrer; pero sobre las corrientes de Inglaterra, Irlanda y Escocia, es donde mejor expone el autor sus observaciones. Un pasaje de alguna extension, acerca del instinto de los animales en los diversos grados de la oreacion, es rico en hechos y delicados estudios. Los amigos arrastrados por el asunto, se elevan con estos motivos hasta las mas altas consideraciones filosóficas.

El diálogo del sexto dia trata en particular de los anzuelos, del sentido particular que hace conocer á los peces las diferentes clases de agua, del género de alimentos que el salmon prefiere, de los presagios del tiempo, sacados ya del color de la atmósfera, ya de los movimientos de los pájaros y en general de toda clase de pronósticos.

El sétimo dia, á principios de octubre, los amigos se reunen en Leint-Wardine, cerca de Ludlow, á orillas de un rio donde abunda el grayling (la sombra). ¿De dónde procede este pez? ¿Será cierto que

za. De repente llamó mi atencion un grito de espanto de mi criado y al volvérmelo ví que la estaca á que esta-

ha sido introducido en Inglaterra por los monges? ¿Cuáles serán las condiciones en que vive y se multiplica? Estas son las cuestiones que Halieus examina con su ciencia y sagacidad habituales. Ha observado el grayling hasta en Carniola y le conoce también como el salmon. No demuestra menos experiencia en lo concerniente á las anguilas y sus emigraciones.

La octava jornada pasa en Dawnton, y es sobre todo una cuestion de entomología aplicada á la pesca.

El autor nos trasporta en las escenas novena y décima de su libro, á la cascada del Traun, precisamente donde estamos en este cuarto diálogo; está acompañado de los mismos amigos. Un soberbio salmon *huchó* proporciona á Halieus la ocasion para una nueva enseñanza. Por transición se habla de los fabulosos monstruos marinos, de la serpiente de mar del Kraken, y de la sirena ó hija del mar. Estas son otras tantas digresiones interesantes, que recuerdan las que hayamos podido notar en esta obra, y que gravitan alrededor del mundo de las aguas. Los peces vuelven á entrar en escena. Se ven aparecer allí en último término diversos tipos del *char* (*le saelm-ling* de los Alemanes) especie de salmon, la *umbla* ó *ombre-chevalier*, *lavaret*, *silure*, peces que pueden ser introducidos en nuestros rios. En fin, hablan de las diferentes causas que influyen sobre el color de las aguas, problema en cuyo exámen Davy se ha ocupado con especialidad. El libro termina por consideraciones filosóficas que recuerdan las de *Los últimos dias de un filósofo* y que muestran que la sagacidad del sabio autor, podía ejercerse con igual éxito sobre los mas diversos asuntos.

ba fijada la cuerda, se habia roto de tal suerte que el barco bajaba por el rio á merced de la corriente, y era traspotado en direccion de la catarata. Al pronto no me inquieté pues veia que se proveian con presteza de largos palos con los que parecia fácil detener mi barca antes de su entrada en el rápido descenso de la esclusa, y pedí simplemente para mi uso el palo mas largo á fin de sujetarme á él. Hasta entonces me creí en perfecta seguridad; pero una racha de viento, que vino súbitamente del valle, arrojó el barco fuera de la corriente ribereña y lo lanzó al medio del rio; vi entonces que iba á ser precipitado por cima de la cascada. Todos se arrojaron al agua; pero habia demasiada profundidad para que pudieran detener mi barca..... Llegué hasta donde se encuentra el agua espumosa, me acercaba á la terrible cascada, mi muerte era inevitable. Tenia aun bastante presencia de ánimo para preguntarme, cuál seria el mejor medio para salvar la vida en aquel trance, si arrojarme de la lancha ó quedarme en ella: preferí lo último.

Llevaba mis miradas del radiante arco-iris, al resplandeciente sol, como para dar un adios eterno á este astro glorioso, y elevé mi alma en una piadosa aspiracion hácia el origen divino de la luz y de la vida... Pero de repente me sentí levantado y vuelto á caer.... La violenta fuerza de la catarata me hizo perder el co-

nocimiento y mis ojos se cerraron en la oscuridad.

.....
 ¿Cuánto tiempo permanecí en este estado? Lo ignoro. Mis primeras impresiones despues de este accidente, fueron la presencia de una brillante luz alrededor mio y un cansancio general con el estrépito de la catarata en mis oidos. Me pareció despertar de un profundo sueño y me esforzaba, aunque inútilmente, en coordinar mis recuerdos; despues poco á poco sentí que volvía á dormirme. De este sueño me sacó una voz que creí me era conocida por algo y mis ojos se fijaron en la límpida mirada y bella fisonomía de mi *Desconocido*.

Con trabajo pude decir: «¿Estoy en otro mundo?— De ningun modo, me dijo el extranjero; estais ciertamente vivo aquí: os habeis magullado en vuestra caída, pero pronto todo irá bien, calmáos y reposad. Vuestro amigo está aquí, y no tendreis necesidad de mas socorros que los que él pueda daros.» Hablando así cogió una de mis manos, y reconocí el mismo apretón, fuerte y simpático, que habia sentido en Pæstum, cuando me habia dicho: «¡Hasta otra vista!» Eubathès se aproximó al punto con un aire de alegría y de expansion desconocido en él, me cogió la otra mano y me dijo estrechándomela: «Necesitais todavía reposar algunas horas.» Despues de un sueño profundo hasta la tarde, pude refrescar un poco y no me encontraba muy mo-